

LAS ESTRELLAS

En el tiempo que guardaba el ganado a orillas del Luberón, me quedaba semanas enteras sin ver un alma viviente, solo entre el pasto con mi perro Ladri y mis ovejas. De cuando en cuando veía al ermitaño del Mont-de-L'Ure que pasaba por allí para buscar flores silvestres, o el semblante negro de algunos carboneros del Piamonte; pero eran gente sencilla, silenciosa a fuerza de soledad, que habían perdido el gusto de hablar y no sabían nada de lo que pasaba en las aldeas y ciudades.

Así, cada quince días, cuando oía, cada vez más próximas, las campanillas de la mula de nuestra chacra, que traía las provisiones para la quincena y que veía aparecer, poco a poco arriba de la cuesta, la cabeza alegre del pequeño mozuelo, o la cofia roja de la anciana tía Norade, era verdaderamente feliz.

Me hacía contar las novedades de la aldea, los casamientos, los bautismos; pero lo que me interesaba sobre todo era tener noticias de la hija de mis amos, nuestra señorita Stephanette, la más simpática, la más hermosa que había en el lugar.

Me informaba si iba mucho a las fiestas, a veladas, y si tenía siempre nuevos festejantes; y a los que preguntasen en qué podrían interesarme estas cosas, a mí, pobre pastor de la montaña, les contestaría que tenía veinte años y que Stephanette era lo más bello que en mi vida había visto.

Luégo, un domingo que esperaba los víveres de quincena, sucedió que no llegaron a la hora habitual.

—Es culpa de la misa cantada—pensaba yo; después, hacia medio día, se desencadenó una gran tormenta, y pensé:—Habrán decidido dejar el viaje para mañana a causa del estado de los caminos.

En fin, por la tarde, cuando el cielo se había despeja-

do, y la montaña estaba resplandeciente de agua y de sol, oí el ruido de las hojas y el murmullo de los arroyuelos henchidos, las campanillas de la mula, tan alegres como un repique de campanas en un día de Pascuas. Pero no era el pequeño mozuelo, ni la anciana tía que la conducía. Era... ¿adivina quién? Nuestra señorita; ¡nuestra señorita en persona, sentada entre los canastos de mimbre, toda rosada del aire de las montañas y del fresco de la tormenta!

El chico estaba enfermo, la tía en vacaciones, en casa de sus hijos. La bella Stephanette me dijo todo eso, bajando de su mula, y también que llegaba tarde, porque se había perdido en el camino; pero viéndola tan elegantemente vestida, con su cinta floreada, su pollera brillante y sus puntillas, parecía más bien haberse demorado ante el espejo, que haber buscado su camino entre los zarzales.

¡Oh, la bonita niña! Mis ojos no se cansaban de mirarla. Era cierto que nunca la había visto tan de cerca. De vez en cuando, en invierno, cuando el rebaño bajaba a la llanura, y que yo entraba de noche a la chacra para cenar, ella cruzaba el comedor rápidamente, sin hablar a los sirvientes, siempre engalanada y un poço altiva.

...Y ahora, la tenía delante de mí, para mí sólo, era como para perder la cabeza.

Cuando hubo sacado las provisiones de los canastos, Stephanette se puso a mirar curiosamente a su alrededor. Examinó mi choza, la piel de oveja que me servía de colchón, mi capa grande colgada a la pared, mi fusil. Todo eso la divertía.

—Entonces, ¿es aquí que vives, mi pobre pastor? ¡Cómo debes aburrirte siempre solo! ¿Qué haces? ¿En qué piensas?

—En usted, patroncita, —tenía ganas de contestarle; y no hubiese mentido, pero mi confusión era tan grande, que no podía encontrar una palabra. Creo que ella se dio

cuenta de mi turbación y que se divertía al verme tan cohibido.

—¿Y tu novia, pastor, te viene a ver algunas veces? Seguramente, debe ser la cabra de oro, o el hada que corre a la cumbre de las montañas....

Y ella, con la aureola de sus hermosos cabellos y su risa cristalina, parecía la imagen de la misma hada Estrelle.

—Adiós, pastor.

—Salud, patroncita.

Y se fue con sus cestos vacíos. Cuando desapareció en el sendro pendiente, me parecía que las piedras que rodaban bajo los cascos de la mula, caían una por una sobre mi corazón. Las oí durante largo rato y hasta el fin del día me quedé como adormecido sin atinar a moverme por temor que mi sueño se esfumara. Hacia la noche, cuando el fondo de los valles empezaba a tornarse azulado y que las ovejas se apretaban una contra otra para entrar al redil, oí que me llamaban en la bajada y vi aparecer a nuestra señorita, no ya sonriente, sino temblando de frío y de miedo.

Parece que al pie de la cuesta había encontrado el río engrosado por la lluvia, y queriendo pasar a toda costa, estuvo a punto de ahogarse. Lo más terrible era que a esa hora de la noche no había que pensar en volver a la chacra; nuestra señorita no podía irse sola, y yo no podía dejar mi rebaño. Esa idea de tener que pasar la noche en la montaña, la atormentaba mucho, sobre todo a causa de la inquietud que causaría a los suyos.

Yo trataba de tranquilizarla, lo mejor posible, diciéndole:

—En julio, las noches son cortas, patroncita... No es más que un mal momento. Y mientras tanto prendía un gran fuego para secar sus pies y su vestido todo mojado. En seguida le traje leche, quesitos y pan de maíz, pero la pobre niña no pensaba ni en calentarse, ni en comer, y al

ver correr lágrimas por sus mejillas, yo mismo tenía ganas de llorar. Entre tanto la obscuridad se hacía más densa; sólo quedaba un poco de luz del lado del poniente.

Quise que nuestra señorita entrara para descansar a mi choza; extendí sobre la paja fresca una linda piel nueva, le di las buenas noches y me senté afuera, delante de la puerta. Sentía un gran orgullo al pensar que en un rincón de mi choza, cerca del rebaño curioso, que la miraba dormir, la hija de mis amos descansaba, confiada a mi guardia. Jamás el cielo me había parecido tan profundo, y las estrellas tan brillantes.

De pronto, la puerta de la choza se abrió y apareció la bella Stephanette, que no podía dormir porque las ovejas hacían crujir la paja al moverse y ella tenía miedo. Prefería venir cerca del fuego, entonces le puse mi piel de cabra sobre los hombros, avivé la llama y quedamos sentados el uno cerca del otro sin hablar. Si alguna vez ha pasado usted la noche bajo el cielo estrellado, ha de saber que mientras dormimos, un mundo misterioso se despierta en la soledad y el silencio. Entonces los manantiales cantan más claro, los estanques resplandecen; todos los espíritus de la montaña van y vienen libremente; hay en el aire ruidos imperceptibles, rozamientos de hojas, como si se oyeran las ramas conversar entre ellas.

El día es la vida de los seres, pero la noche es la vida de las cosas. Cuando uno no está acostumbrado, da miedo...; la señorita tiritaba y se acercaba a mí al más leve ruido. Una vez, un quejido largo, melancólico, salió del estanque y subió hacia nosotros; al mismo instante, una hermosa estrella pasó por encima de nuestras cabezas en la misma dirección, como si ese lamento que acabábamos de oír fuese una luminosa llamada al Dios Todopoderoso.

—¿Qué es eso? — me preguntó Stephanette, en voz baja.

—Una alma que entra al paraíso, patroncita,— e hice

la señal de la cruz. Ella se persignó también y quedó un momento mirando hacia arriba emocionada.

—¿Es cierto, pastor, que son brujos ustedes?

—De ningún modo, nuestra señorita. Pero aquí vivimos más cerca de las estrellas y sabemos lo que pasa allá arriba, mejor que la gente de la llanura.

Ella siguió contemplando el firmamento; envuelta como estaba en la piel de cabra, parecía un pequeño pastor celestial.

—¡Cuántas hay! ¡Qué lindas! ¡Jamás he visto tantas!... ¿Sabes su nombre, pastor?

—Sí, patroncita. Mire, allí sobre nuestras cabezas está el camino de Santiago (la Vía Láctea); más lejos tiene el Carro de las Almas (la Osa mayor), con sus cuatro ruedas resplandecientes. Las estrellas que van adelante son los tres caballos y la más pequeña es el carrero. ¿Ve alrededor esa lluvia de estrellas que caen? Son las almas que Dios no quiere en su casa. Pero la más hermosa de todas las estrellas, patroncita, es la nuestra, la estrella del pastor, que nos ilumina al alba cuando sacamos el rebaño y también por la noche cuando lo llevamos al redil. La llamamos Maquellonne que corre en busca de Pedro de Provenza (Saturno) y que se casa cada siete años con él.

—¿Cómo, pastor, hay casamiento de estrellas?

—Ya lo creo, patroncita.

Y como tratara de explicarle lo que eran esos casamientos, sentí algo fresco y suave pesar ligeramente sobre mi hombro; era su cabeza vencida por el sueño. Así quedó sin moverse, hasta el momento en que los astros nocturnos se esfumaron, borrados por la claridad del día.

Yo la miraba dormir, mientras las estrellas seguían su marcha silenciosa, dóciles como un gran rebaño; y por momentos me imaginaba que una de esas estrellas, la más fina y brillante, había venido a posarse sobre mi hombro para dormir....